

y para propagar su lengua y las instituciones romanas. Por otro lado, Roma adoptaba á los ciudadanos, á las ciudades, á los pueblos, confiriéndoles derechos cuyo goce les preparaba para la ciudadanía. Los municipios y la latinidad, que tan poderosamente habían contribuido á fundar la unidad de Italia, se extendieron á las provincias.

La obra de la asociacion comenzó desde el fin de la República. César, precursor de la política de los emperadores, le imprimió el movimiento: fué el primero que otorgó la cualidad de municipio á las ciudades situadas fuera de la Italia (1). Antes de él, había habido algunas raras colonias en España, en las Galias, en África: las guerras civiles pusieron á su disposición millares de legionarios que repartió en gran número de ciudades extranjeras (2). En 665 se dió la latinidad á la Galia transpadana, regida hasta entónces como provincia. La guerra social había probado al Senado que había llegado el tiempo de asociar á los vencidos y á los vencedores; para evitar una nueva lucha, admitió á las ciudades transpadanas en el número de las colonias latinas (3): era una preparación para la ciudadanía que recibieron más tarde. Se confirió también la latinidad á otras ciudades y áun á algunos pueblos (4). César hizo este dón á toda la Sicilia. ¡Cosa singular! Ciceron se quejó de este favor que encontraba demasiado grande (5). Sin embargo, el acusador de Verres se interesaba por los Sicilianos; pero el hijo de Arpino había adoptado las preocupaciones de la nobleza cuyo partido seguía: no comprendía las ideas cosmopolitas del dictador. El gobierno de los emperadores, más equitativo, acabó con las diferencias entre la Italia y los países conquistados. Continuóse la asimilacion de las razas vencidas, y la igualdad fué por fin sancionada por la *Constitucion Antonina*.

(1) WALTER, *Geschichte des römischen Rechts*, § 300.—LIV., *Epit.*, 110.—DION. CASS., XL, 24; XLIII, 39.

(2) Suetonio habla de 80.000 ciudadanos enviados á las colonias (CASS., 42).

(3) Por la ley Plautia (SAVIGNY, *Zeitschrift für Rechtswissenschaft*, t. IX, página 311-313).

(4) REIN, en la *Real-Encyclopädie*, t. IV, p. 818.—SAVIGNY, *Zeitschrift*, t. IX, p. 313-315.—ID., *Historia del derecho romano*, t. I, p. 49 de la traducción.

(5) CICERON, *ad Attic.*, XIV, 12: «*Scis quam diligam Siculos, et quam illam clientelam honestam judicem. Multa illi Caesar, nec me invito: etsi Latinitas erat non ferenda.*»

CAPÍTULO VI.

ROMA Y EL MUNDO ROMANO AL FIN DE LA REPÚBLICA.

§ I.—Consideraciones generales.

Escipion Emiliano cerraba el lustro en calidad de censor; durante el sacrificio de costumbre el grefier leía la fórmula solemne de las oraciones, por la que se pedía á los dioses inmortales el engrandecimiento y la prosperidad del Imperio romano: «Es bastante grande, dijo Escipion, y bastante poderoso: suplico, pues, á los dioses que lo conserven eternamente intacto» (1). Roma debía acabar la conquista de la Europa, de una parte del Asia y del África, ántes de que este voto de paz se cumpliera. Al fin de la República la dominacion romana ha alcanzado límites que no traspasó casi bajo los emperadores. La conquista está acabada. ¿Cuál es el estado del mundo reunido bajo las leyes de Roma? ¿Por qué la República hace lugar al Imperio?

La república comenzó la asociacion de los pueblos, pero el genio mismo que le inspiraba le impidió acabarla. Nada más antipático á la igualdad que la aristocracia. *El patriciado* sostiene una lucha secular para excluir á la plebe de la ciudadanía. *La nobleza* se deja arrancar por una guerra sangrienta la unidad de Italia. Las provincias quedan excluidas y son abandonadas á la arbitrariedad de los procónsules. En el interior mismo de la ciudad vuel-

(1) VALER MAX., IV, I, 10.

ve á comenzar el combate, y de una manera más sangrienta que nunca. No son ya ordenes que se disputan la igualdad; son facciones que desgarran el Estado. El partido aristocrático sucumbe, pero el pueblo no triunfa de él sino abdicando su soberanía en provecho de un señor. La república no existe ya; nace el Imperio.

¿Realizará el Imperio la unidad, la igualdad que la República no ha podido llevar á cabo? Era esto una obra imposible en la antigüedad. El mundo antiguo descansa en cierta manera sobre la division y sobre la desigualdad. En el Oriente reinan las castas; en el Occidente la esclavitud. Mientras la naturaleza es desconocida por la division de los hombres en libres y esclavos, la igualdad no puede existir en la ciudad privilegiada. La guerra es permanente entre las diversas clases. Los esclavos tratan de romper sus cadenas; pero no es la violencia la que les ha de dar libertad, es un nuevo estado social, que reemplazará al de la antigüedad. La igualdad de los ciudadanos no puede tampoco nacer de la sangre vertida en las guerras civiles. La desigualdad, principio de la ciudad, es tambien el principio del derecho internacional. Así, el mundo antiguo era por su naturaleza incapaz de crear la unidad. Sin embargo, Roma está llamada á preparar la unidad futura. Los emperadores son más aptos que el Senado para llenar esta mision. Como representantes que son del elemento popular, obran en contra del espíritu aristocrático. Acaban la asimilacion de las razas vencidas y las reunen por los vínculos de la paz. Fundan la unidad material, preparacion de la unidad intelectual.

La humanidad no debe sentir la caída de la República, á pesar de los emperadores monstruos. Es necesario que no se hagan ilusiones con la palabra República los partidarios de la democracia. Al advenimiento de César, Roma era presa de la fuerza. La violencia brutal dominaba en el interior; los partidos se mataban mutuamente en las horribles guerras civiles. Los nobles, que representaban el antiguo genio del pueblo romano, estaban animados de pasiones furiosas; no querian vencer, sino destruir á sus adversarios. En el dominio del derecho de gentes, la violencia reinaba sin oposicion. La piratería, símbolo del estado violento de la sociedad antigua, se elevó á proporciones gigantescas, y las guerras de la República se parecian á los robos de los piratas. Aban-

donada á la fuerza, la sociedad hubiera perecido. Los emperadores detuvieron su ruina.

Hiciéronse tentativas para regenerar la República. Creyeron los Gracos que levantando al pueblo y dándole tierras devolverian la vida á Roma. Era una generosa ilusion. Los grandes tribunos no tenian conciencia del mal que minaba al mundo antiguo. Fundado sobre la esclavitud y no teniendo el sentimiento de la libertad, sin la que no hay vida, debia perecer. Ni el Imperio ni el Senado podian salvarle. Pero, poniendo fin á las discordias sangrientas que amenazaban destruir la sociedad, estableciendo la paz en el inmenso dominio romano, permitió arraigarse al cristianismo. El Imperio tiene por mision ser un elemento conservador en medio de la disolucion general. Sirve de vínculo material á los hombres, esperando que la religion les imprima una nueva vida moral.

§ II.—Las guerras de los esclavos y de los gladiadores.

«Mientras haya esclavos, habrá enemigos domésticos» (1). Este proverbio revela la condicion de la antigüedad. Es un verdadero estado de guerra: los enemigos están en la ciudad, sitian el hogar doméstico. La esclavitud antigua era más irritante que la esclavitud colonial. En el mundo moderno, la diferencia de raza ha venido á apoyar la teoría de Aristóteles: presenta el mando de los blancos sobre los negros con el aspecto de un poder fundado sobre la superioridad de la razon. Entre los Griegos y los Romanos, esclavos y ciudadanos pertenecian á la misma raza. En vano quiso Aristóteles legitimar la esclavitud, presentándola como la consecuencia de una inferioridad natural: la conciencia humana se sublevaba con la idea de que la guerra, fuente primera de la esclavitud, pudiese tener por efecto trasformar á los vencidos en seres nacidos para ser siervos. A pesar de estos sofismas, el esclavo se sentia igual á su dueño: «Soy un hombre como tú», dice

(1) *Quot servi, tot hostes* (SENEC., *Epist.* 47.—FEST., v. *Quot servi*).

un esclavo á un hombre libre en una comedia de Plauto (1). La conciencia de la igualdad debia inducir á la insurreccion. Debe sorprendernos una cosa, y es que las guerras de los esclavos no hayan sido más numerosas. No puede explicarse este hecho sino por el poder de la costumbre. La cautividad era una desgracia frecuente; á fuerza de ser universal, fué considerada como legítima por los esclavos lo mismo que por los filósofos. El fatalismo que dominaba en las religiones antiguas contribuyó á inspirar una especie de resignacion á las víctimas de la violencia. Sin embargo, hay en los pueblos de Occidente un espíritu de igualdad que impide confundir la fuerza con el derecho. El pária creeria rebelarse contra Dios rompiendo los vínculos de la casta, resultado de la voluntad divina. El esclavo ha perdido su libertad por la fuerza; la reivindica tambien por la fuerza.

Las revoluciones de los esclavos entre los Romanos son tan antiguas como la República. Despues de la expulsion de los Tarquinos, hubo ya conjuraciones de esclavos; se las ahogó en la sangre de los culpables (2). Otros complots fueron denunciados por los cómplices (3). La historia acaba por no hacer mencion de estas tentativas estériles. En el último siglo de la República, tomaron éstas un carácter inaudito de gravedad. Los abusos son inseparables del poder absoluto que el hombre ejerce sobre el hombre; la crueldad, innata en la raza romana, los agravó. Nos quejamos de la condicion de los negros. Su suerte es digna de envidia, cuando se la compara con la de los esclavos romanos; es, como dice un historiador moderno, una gota de infortunio en presencia de un océano de miserias (4). Los excesos de los dueños provocaron las terribles guerras que asolaron la Sicilia.

La Sicilia, la más fértil de todas las provincias, era explotada por los caballeros; rebaños de esclavos cultivaban sus inmensos dominios. Sometidos á trabajos rudos, apénas eran alimentados y vestidos aquellos desgraciados. La miseria les obligó á entregarse al robo: sobre todo, aquellos que ejercian el oficio de pastor, ro-

(1) ASINAR., II, 4.

(2) DION. HAL., V, 51, 53.

(3) IBID., *Fragm.*, ed. Mai, XII, 6.

(4) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. II, p. 75.

aban y saqueaban. Pronto se contaron en Sicilia tantos ladrones como esclavos. Los dueños no temieron abrumar con malos tratamientos á hombres á los cuales habian dejado hacerse aguerridos en una vida salvaje. Entónces millares de esclavos se sublevaron. Las crueldades que acompañaron á la insurreccion recuerdan la de Santo Domingo: los insurrectos arrancaban á los hijos del seno de sus nodrizas, y los arrojaban al suelo para pisotearlos. No debe creerse que estos excesos fueran debidos al carácter cruel de los que los cometian; el historiador griego de que tomamos estos detalles dice que fueron actos de venganza. Los esclavos mostraron un reconocimiento conmovedor hácia una jóven que habia sido siempre humana para ellos y compasiva; respetaron religiosamente á su bienhechora, aunque su padre habia provocado la insurreccion por su barbarie; los más fuertes fueron encargados de conducirla con seguridad al seno de su familia. Habiéndose propagado la noticia de la insurreccion, hubo tentativas de sublevacion en Delos, gran mercado de esclavos, y en Roma mismo; pero fueron reprimidas. En Sicilia hubo bien pronto doscientos mil hombres sobre las armas: en cuatro años sucesivos vencieron á cuatro pretores. Por fin sucumbieron. Reglamentos atroces contuvieron durante veinte y ocho años á los esclavos desalentados por el mal éxito de esta primera tentativa (1).

Provocóse una nueva insurreccion por las violencias inauditas de que se hicieron culpables los caballeros romanos. Establecidos en todas las fronteras, habian organizado la trata de los blancos; arrebatában en plena paz á los hombres libres, las más veces de entre los aliados de Roma. Cuando Mario marchó á combatir á los Teutones, hizo pedir auxilio al rey de Bitinia; este príncipe respondió que, gracias á los publicanos, no tenía en su reino más que niños, mujeres y viejos. El Senado, queriendo atraerse á los aliados del Asia, dió un decreto para devolverles sus súbditos reducidos á esclavitud. En el espacio de dos dias, el

(1) DIODOR., *Fragm.*, lib. XXXIV y XXXV (*Excerpt.*, Photii, p. 529; *Excerpt. de virtut. et vit.*, p. 598-600; *Excerpt. Vatic.*, p. 100, 101).—MICHELET, *Historia romana*, libro 3, c. 1.

pretor de Sicilia dió libertad á más de ochocientos; pero la oposición de los caballeros le impidió proseguir su obra: ¿qué magistrado hubiera osado obrar contra el interés del orden poderoso, que podía juzgarle á su vuelta á Roma? Los esclavos que reclamaban su libertad fueron devueltos duramente á sus dueños; indignados, se sublevaron y excedieron en crueldad á los primeros insurrectos. Tres generales se estrellaron contra ellos; no fueron vencidos sino despues de una heróica resistencia. El vencedor reservó mil para arrojarlos á las fieras del Circo; enviaron al pueblo el entretenimiento de su agonía y se mataron los unos á los otros. Los Romanos despreciaban á los esclavos: sin embargo, encontraron medio de mostrarse más despreciables que la hez de los esclavos. En una ciudad siciliana sitiada por los insurrectos, los dueños dieron libertad á sus esclavos; era el único medio de salvacion que les quedaba. El valor de los esclavos salvó la ciudad. Para recompensarlos, el gobernador romano rompió el acta que los habia emancipado (1).

Habia en Roma una clase de esclavos que no se encuentran en ninguna otra nacion. El espíritu cruel de los Romanos se complacia en los combates de los gladiadores. Para captarse la benevolencia del pueblo, los magistrados se excedian en el número de los desgraciados que iban á morir en estos juegos horribles. Los gladiadores podian ser más peligrosos que los esclavos, porque estaban armados; la opresion bajo la que gemian no era menor que la de sus compañeros de miseria y aún eran objeto de un desden más afrentoso. Cuando Floro llega á la guerra de los gladiadores, no sabe de qué términos valerse para expresar la vergüenza que estos viles enemigos hicieron recaer sobre Roma. Encontraron un capitán digno de conducirlos contra la señora del mundo. Espartaco se distinguia entre sus compañeros por su prudencia y por la dulzura de su carácter; pero no retrocedia ante ninguna acción atroz cuando se trataba de exaltar su valor. Habiendo perecido en el campo de batalla un jefe que mandaba bajo

(1) DIODOR., *Fragm.* XXXVI (*Except. Photii*, p. 531, 536, 537).—FLORO, III, 20.—MICHELET, III, 2.

sus órdenes, Espartaco inmoló á sus manes trescientos prisioneros (1). Los gladiadores sublevados fueron como los precursores de los Bárbaros; llenaron de espanto á Roma. Cuando el pueblo se reunió en comicios para nombrar un pretor, no se atrevió á presentarse candidato alguno; Craso aceptó por fin el encargo de combatir á Espartaco, pero pidió seis nuevas legiones. Todas las fuerzas de la República marcharon contra los gladiadores. Adiestrados en el combate con leones y tigres, los gladiadores se batieron como fieras; pero su valerosa insurrección no podia conducir á resultado alguno. No tenian otro objeto que vengarse, matando y saqueando: eran bandidos sublevados contra la sociedad. Los Romanos debian acabar por triunfar de ellos; pero el heróico valor de los gladiadores presagiaba la suerte del Imperio, cuando los hombres del Norte viniesen á vengar á sus compatriotas del desprecio de los Romanos (2).

Roma creia haber dominado á los esclavos; no se apercibia de que su progresivo aumento era más perjudicial que sus insurrecciones. Las guerras de la República eran una mina inagotable de esclavitud. En el famoso saqueo del Epiro, que no duró sino algunas horas, Paulo Emilio hizo ciento cincuenta mil prisioneros (3). T. Sempronio Graco llevó de la Cerdeña tan gran número de cautivos, que *sardos en venta* fué un proverbio para expresar una mercancía de bajo precio (4). Despues del saqueo del Asia por Lúculo, un esclavo se vendia por cuatro draemas (5). El número de estos desgraciados en el primer siglo del Imperio es casi fabuloso. *Plinio* habla de *legiones* (6), *Séneca* de *naciones* de esclavos poseidos por un solo hombre. El Senado habia ordenado que se distinguieran por un traje particular, pero comprendió cuántos peligros amenazarían á la sociedad si comenzaban á contarse (7).

(1) FLORO, III, 21.—PLUTARCH., *Crass.*, c. 8.—APPIAN., B. C., I, 117.

(2) APPIAN., B. C.; I, 118, 120.—FLORO, III, 21.

(3) LIV., XLV, 84.—POLYB., XXX, 15, 6.

(4) IBID., XLI, 21.

(5) APPIAN., *De bello Mithrid.*, c. 78.—PLUTARCH., *Lucull.*, 14, 29.

(6) PLIN., *H. N.*, XXXIII, 6.—Un Romano que habia perdido mucho en las guerras civiles dejó 4.116 esclavos (PLIN., *ib.*, 27).

(7) SENEC., *de Clement.*, I, 24.

Este estado de cosas inspiró vivos temores. Decía Tiberio en una carta al Senado: «¿Qué hemos de prohibir? ¿qué hemos de reformar? ¿Acaso estas inmensas casas de campo y este pueblo de esclavos?» (1). El emperador tocaba en la llaga. Los dominios de la nobleza estaban poblados de esclavos (2), porque el cultivo con estos instrumentos comprados á bajo precio parecía más provechoso que con el empleo de hombres libres (3). El mal fué creciendo; en fin, de la boca de Tácito se escapó este grito de angustia: «El número de esclavos va siendo prodigioso, en tanto que el de las personas libres disminuye todos los días» (4). En esta situación, el mundo antiguo tenía que perecer.

La República nada hizo para mejorar la suerte de los esclavos ni para evitar su insurrección. El Imperio tuvo la prevision instintiva del mal; pero la esclavitud estaba demasiado íntimamente ligada á la vida social de la antigüedad para que concibiese el pensamiento de abolirla. Sin embargo, los emperadores se mostraron superiores al Senado, reprimiendo la crueldad de los señores.

§ III. — La piratería y la guerra de los piratas.

La piratería es un accidente raro en el mundo moderno. Durante siglos los Berberiscos la ejercieron contra los cristianos por odio religioso y por afición al saqueo, pero eran considerados como hordas bárbaras, escoria del género humano. No sucedió así en la antigüedad. Desde los tiempos heroicos la piratería era bien considerada. Las naciones comerciales no cesaron de ejercerla como un ramo de su tráfico. A ménos que hubiera estipulaciones particulares, no era considerada como un acto de hostilidad (5). La

(1) TACIT., *Annal.*, III, 53.

(2) COLUMELL., *de Agric.*, I, 3.

(3) PLUTARCH., *Tib. Grac.*, c. 8: ὡς ταχὺ τὴν Ἰταλίαν ἅπασαν ὀλιγανδρίας ἐλευθέρων αἰσθῆσθαι, δεσποτηρίων δὲ βαρβαρικών ἐμπεπλησθαι, δι' ὧν ἐγεώργουν οἱ πλούσιοι τὴν χώραν, τοὺς πολίτας ἐξέλασαντες.

(4) TACIT., *Annal.*, IV, 27.

(5) HEEREN, *Cartago*, c. v.—Los Romanos y los Cartagineses se obligaron en sus tratados á no ejercer la piratería; pero estos compromisos eran limitados á ciertas cosas.

volvemos á encontrar en el Imperio romano. Los corsarios acabaron por formar una potencia, y vinieron á ser los reyes de los mares. Así la piratería es un hecho universal entre los antiguos; prueba manifiesta del estado violento de las costumbres y de la ausencia completa del derecho en las relaciones internacionales.

Las ciudades de Italia ejercían la piratería como las ciudades griegas; los Etruscos, sobre todo, eran corsarios terribles: continuaron su oficio, aún cuando fueron sometidos á Roma (1). Alejandro Magno y Demetrio Poliorcetes dieron la libertad á piratas italianos, pero exigiendo de los Romanos que pusiesen fin á estos latrocinios: «Un pueblo griego, que se creía llamado á la dominación de la Italia, que habia construido un templo á los Dioscuros, protectores de la navegacion, no debia infestar los mares» (2).

Roma, por su parte, estaba expuesta á la rapacidad de los piratas griegos. Los diputados enviados á Delfos para llevar la copa de oro que el vencedor de Veyes habia destinado á Apolo, fueron apresados, no lejos del estrecho de Sicilia, por corsarios de Lipari. Sucedió que la Italia fué á la vez devastada por los Galos y por los Griegos; Roma tuvo á gran dicha el ver que los ladrones de tierra combatian á los ladrones del mar (3). Los Romanos vinieron á las manos con los piratas griegos; fué la primera vez que los dos pueblos se encontraron sobre un campo de batalla; se conocian tan poco, que el historiador latino confiesa que no sabria decir á qué comarca, á qué nacion pertenecia la flota enemiga (4). Así la piratería, lo mismo que la esclavitud y la guerra, relacionó á los hombres.

Miéntras la dominación de los Romanos no salió de Italia, estaban poco interesados en reprimir el robo marítimo. Despues de la conquista de la Sicilia y del Africa, sacaron su subsistencia y sus riquezas de las provincias; desde entónces hicieron la guerra á los piratas que interceptaban los convoyes; pero, desprovistos de marina militar, sus esfuerzos no siempre fueron coronados de éxi-

(1) DIODOR., XV, 14; XVI, 82; XI, 88.—STRAB., V, p. 160.

(2) STRAB., V, p. 160.

(3) LIV., V, 28; VII, 25.

(4) IBID., VII, 26.

to (1). Roma estaba más segura de la victoria cuando podía atacar á los piratas en tierra. Los Ilirios trataban á todos los pueblos como enemigos (2); se apoderaron de mercaderes italianos, mataron á los unos y redujeron á los otros á cautiverio. El Senado envió diputados para pedir satisfaccion. Se les respondió «que en todo tiempo los Ilirios habian explotado el mar en provecho propio, y que los reyes no podian ni querian poner obstáculo á estas costumbres nacionales.» El más jóven de los embajadores, indignado, respondió que con la ayuda de los dioses los Romanos forzarian bien pronto á los Ilirios á renunciar al tráfico real de la piratería. La victoria de las legiones libró á la Grecia y á la Italia de aquellos terribles corsarios (3).

Los Romanos no llegaron á destruir la piratería. La ganancia que daba la venta de los prisioneros estimulaba á los piratas. Su intervencion frecuente en las obras dramáticas (4) prueba que el robo de los mares era un hecho habitual en la vida de los antiguos. La piratería no era solamente ejercida por mercaderes de esclavos ó por ladrones; más de un aventurero se dedicaba á ella que hubiera sido digno de servir de héroe á Byron. Tales eran los corsarios que se inclinaron ante Escipion el Africano. El vencedor de Anibal vivia retirado en una casa de campo cuando vió llegar unos piratas; tomó medidas de defensa, pero los jefes de la cuadrilla despidieron á sus compañeros y soltaron sus armas: «Su sola ambicion, decian, era ver de cerca á un hombre tan grande. ¡Consideraban esta dicha como un beneficio del cielo!» El héroe romano hizo pasar adelante á aquellos singulares huéspedes; se prosternaron en el umbral de la casa como delante de un templo y depositaron en el vestíbulo dones semejantes á los que se consagraban á los dioses (5).

En el último siglo de la República la piratería tomó una exten-

(1) LIV., XXXVII, 13, 27.

(2) POLYB., II, 4, 9; II, 12, 6.—LIV., XL, 42.—APPIAN., *De Reb. Illyr.*, c. 8.

(3) IBID., II, 8, 8-12.

(4) Véanse *El Eunuco de Terencio*, *El Soldado fanfarron* y *El Cable de Plauto*. Plauto habia escrito una comedia titulada *El Pirata*; no nos quedan de ella más que algunos versos. Molière ha tomado de Plauto la escena de *Fourberies de Scapin*, en la cual la galera de un corsario juega un papel tan cómico.

(5) VALER. MAX., II, 10, 2.

sion inaudita. Causas políticas y sociales poblaron de piratas los mares. Pertenecian á casi todas las naciones del Asia. Era como una venganza y una reaccion del Oriente, devastado por las legiones de Roma, por sus publicanos y sus mercaderes de esclavos. Los corsarios afectaron un desprecio afrentoso para los dueños del mundo, cuyo nombre solo les habia hecho temblar en otro tiempo. Si un prisionero exclamaba que era Romano, fingian sobrecogerse de temor, se arrojaban á sus plantas y le suplicaban que los perdonase. Los unos le ponian zapatos, los otros una toga, á fin de que, decian ellos, no fuese ya desconocido. Despues de haberse así burlado de él, bajaban una escalera al mar y le ordenaban que volviera á su país; si lo rehusaba, le precipitaban ellos mismos en las olas. Sin embargo, los piratas se reclutaban tambien entre los ciudadanos romanos; las guerras civiles y la miseria les llevaban una multitud de fugitivos. Los hombres más ricos, los más distinguidos por su nacimiento se unieron á ellos: parecia, dice *Plutarco*, que la piratería se habia convertido en una profesion honrada (1).

Los piratas no se contentaron ya con atacar á los mercaderes; robaron las islas y las ciudades marítimas. Dícese que tenian más de mil naves y que se apoderaron de más de cuatrocientas ciudades. Toda comunicacion con las provincias se interrumpió; los mares estaban cerrados; ni las flotas del Estado, ni las naves de los particulares, podian abrirse paso. Hubo armadas que esperaron al invierno para franquear el estrecho de Brindis. El hambre amenazaba á Roma; la libertad y la vida de los ciudadanos y de los magistrados no estaban seguras en Italia. Los piratas comenzaban á robar por tierra; la vía Apia no estaba ya libre. «Los vínculos que unian al género humano se habian roto» (2).

La piratería era uno de los vicios del mundo antiguo. Se comprende que haya infestado los mares por tan largo tiempo como los pueblos vivieron aislados: era una especie de guerra ó de co-

(1) PLUTARCH., *Pomp.*, c. 24.—DION. CASS., XXXVI, 3.—APPIAN., *De bello Mithrid.*, c. 92.—MICHELET., *Historia romana*, III, 4.

(2) CICER., *Pro lege Manil.*, c. 17, 18, 12.—APPIAN., *Bell. Mithrid.*, c. 93.—DION. CASS., XXXVI, 4, 5.—FLOBO, III, 7.

mercio. Pero despues que Roma fuera dueña de las costas de Europa, del Africa y del Asia, nada hubiera sido más fácil que reprimir el robo marítimo. Si el pueblo rey se dejó insultar por los corsarios, es porque careció siempre del genio de la navegacion. La República no tuvo flotas más que miéntras tuvo que combatir á Cartago. Resultó de aquí que el mar estaba á merced de los aventureros y de los traficantes de esclavos. Es necesario añadir, para vergüenza del régimen aristocrático, que la oligarquía romana se cuidaba más de explotar las provincias que de defenderlas. Gracias á intrigas políticas, Pompeyo llegó á hacerse otorgar poderes extraordinarios para restablecer la libertad de los mares. El afortunado general venció á los piratas, pero no extirpó la piratería (1). Aún despues de su victoria Roma se vió obligada á tomar precauciones extraordinarias para garantir la seguridad de las comunicaciones y la libertad de los ciudadanos (2). En la última guerra civil reaparecieron los corsarios, y por singular coincidencia el hijo de Pompeyo se puso á su cabeza: «Sexto, dice el poeta, infama, como pirata siciliano, los triunfos de su padre» (3). Augusto hizo una guerra á muerte á los pueblos que se entregaban á la piratería; se gloriaba de haber purgado los mares de piratas (4). Sin embargo, la piratería continuó, aún en el interior del Imperio. Uno de los últimos historiadores de Roma dice, hablando de la guerra de los piratas, «que la piratería ha existido y existirá siempre, en tanto que la naturaleza humana no varíe» (5). Este es un rasgo característico de la antigüedad. En los tiempos modernos los corsarios se retiran ante la civilizacion; aunque la guerra ensangrienta aún los mares, la piratería al ménos ha desaparecido. La antigüedad, que no reconocía vínculos de derecho entre los pueblos, no podía esperar que el robo internacional cesase jamas.

(1) APPIAN., *Bell. Mithrid.*, 94.

(2) Las costas de la Italia estaban guardadas por un cuerpo de caballería; se equiparon flotas (CICER., *pro Flacco*, c. 12, 13); las ciudades del Asia tuvieron que facilitar naves para reprimir á los corsarios (CICER., *Verr.*, II, 1, 35).

(3) LUCAN., *Pharsal.*, VI.—FLORO, IV, 8.—VELLEJ., II, 73.

(4) APPIAN., *De Reb. Illyr.*, c. 16. — *Monumentum Ancyrinum*, tab. II.

(5) DION. CASS., XXXVI, 3.

§ IV.—El derecho de gentes y las relaciones internacionales.

N.º 1.—El derecho de gentes. Guerras de Asia.

El derecho de gentes fué en el último siglo de la República lo que habia sido en el primero. Las ciencias y las artes no habian humanizado las costumbres. Algunos hombres se elevaron por cima de su nacion. César fué aún más ilustre por su humanidad que por sus hazañas. Lúculo supo ganarse una reputacion de justicia y casi de desinterés en medio de las riquezas del Asia. Bajo el punto de vista de los sentimientos modernos, encontramos bárbaro á César y á Lúculo rapaz; pero la masa del pueblo romano era infinitamente más cruel y más avara.

En la guerra contra Yugurta, la aristocracia vendió públicamente los intereses de la República. Nunca fué más vergonzosa la venalidad, nunca se hizo ostencion del desprecio del derecho con más impudencia. El audaz nómida asesina á uno de los herederos legítimos del trono y hace la guerra al otro. Aderbal recurre en queja al Senado. Yugurta envia embajadores cargados de argumentos irresistibles. Los partidarios más decididos de Aderbal pasan súbitamente de la indignacion más viva á la benevolencia más marcada; el oro los persuadió de los derechos del usurpador, el dinero les demostró su inocencia. Los comisionados hacen la reparticion del reino entre Yugurta y Aderbal, en ventaja de Yugurta, y sobre todo en provecho propio. El ambicioso bastardo vuelve á comenzar la guerra contra Aderbal, anciano pacífico que prefería el estudio de la filosofía á las luchas de los campos de batalla. Vencido, se retira á su capital. Dos comisiones senatoriales llegan al campo de Yugurta, sin más resultado que enriquecerse los comisionados. El príncipe nómida se apodera de Cirta; da muerte á Aderbal y á todos los varones de la poblacion, así Italianos como Africanos. Un grito de horror resuena en Italia; el pueblo se subleva contra una aristocracia que vende el honor y el interés de la República como si se tratase de una industria y mercadería. Bajo